

EL XL ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION COMUNISTA

El desarrollo del comunismo como dictadura basada en un sistema de terror policíaco y de miseria, se debe a un error de cálculo político. El que incurrió en este error fué el mismo Lenín. Este error, transformado en mito, sigue dominando la vida política soviética y constituye el tema fundamental en la táctica de Kruschev. Cuarenta años de lucha desesperada para imponer a un país tan grande como Rusia la creencia de un mito, averiguado día tras día como falso, merece la pena de un comentario.

En enero de 1917, un mes antes de que estallase la revolución de febrero que derribó al zarismo, Lenín declaraba lo siguiente a los jóvenes comunistas reunidos en la Casa del Pueblo de Zurich: «Nosotros, los viejos, no viviremos probablemente para asistir a las luchas decisivas de esta revolución que está por venir.» (Citado por Krupskaja en su libro *Mi vida con Lenín*, París 1933.)

Tres meses después Lenín se había olvidado de su pesimismo y estaba convencido que el comunismo estaba por conquistar el mundo y de que la hora de la revolución mundial había llegado. Lo importante, por consiguiente, en aquellos momentos, en los que el frente ruso se derrumbaba en Polonia y los ejércitos alemanes avanzaban hacia Petrogrado, era mantenerse en el poder, salvar a los comunistas, ya que todas las naciones capitalistas iban a desaparecer dentro de muy poco tiempo y que los comunistas iban a adueñarse del poder en todas partes. Es así como se explica la facilidad con la que Lenín accedió a todas las pretensiones alemanas y llegó a firmar la paz separada de Brest-Litovsk, traicionando, no sólo a los aliados occidentales, sino al mismo pueblo ruso. El artículo 2.º de dicho Tratado rezaba: «El Gobierno ruso, habiendo proclamado, de acuerdo con sus principios, el derecho de todos los pueblos componentes del Estado ruso para disponer libremente de ellos mismos e incluso para disponer del derecho de la completa separación (este Gobierno), se hace cargo de las decisiones según las que

los pueblos de Polonia, Lituania, Finlandia, como también parte de Lituania y Estonia, han expresado su voluntad de separarse del Estado ruso para formar Estados completamente independientes. El Gobierno ruso reconoce que, en las actuales condiciones, estas declaraciones tienen que ser consideradas como la expresión de la voluntad popular y se halla dispuesto a sacar de estas declaraciones las conclusiones que de ellas se derivan.» Esto significaba, en otras palabras, que no sólo los territorios mencionados en dicho artículo podían gozar del derecho a la autodeterminación, sino, implícitamente, todos los territorios no rusos del ex imperio zarista (como Ucrania, Georgia y la Besarabia) estaban autorizados a disponer de sus propios destinos. Lo que, en efecto, no tardó a realizarse. Ucrania se proclamó libre, igual que Georgia, mientras los rumanos de Besarabia pedían su regreso a la tierra madre. En pocos meses, el mundo asistió a la desarticulación del imperio zarista, sin que Lenin fuese impresionado en absoluto por esta catástrofe nacional. *El jefe de los bolcheviques estaba sinceramente convencido de que el estallido de la revolución mundial era cuestión de meses* y que, por consiguiente, el tratado con Alemania no tenía ninguna importancia. Lo esencial era resistir en el poder hasta que el mundo proclamase su adhesión a los ideales marxistas. El día 7 de noviembre, en la sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado, Lenin declaraba: «Una de nuestras primeras tareas es la de poner fin inmediatamente a la guerra. Pero para terminar con esta guerra, relacionada íntimamente con todo el sistema capitalista, hace falta—y esto resulta claro para todos—vencer al mismo capitalismo. En esta tarea nos ayudará el movimiento obrero mundial que empieza ya a desenvolverse en Italia, en Inglaterra y en Alemania.» Y terminó su discurso gritando: «Viva la revolución socialista mundial.»

Estas esperanzas se averiguaron como demasiado optimistas. Alemania no capituló bajo la presión de los soldados sublevados, según la predicación de Lenin, sino bajo la presión militar de los aliados occidentales, a los que se habían unido los esfuerzos de los Estados Unidos. No hubo en el mundo ningún foco serio de revolución. Los estallidos comunistas de Bavaria y de Budapest terminaron en poco tiempo, mientras la unidad del movimiento obrero se escindía al formarse la tercera internacional.

El 7 de noviembre de 1918, en el primer aniversario de la revolución, Lenin se empeñaba todavía a sostener su tesis: «La victoria completa de la revolución socialista es inimaginable en un solo país; ella exige la colaboración más activa de al menos algunos países avanzados, entre los que no podemos contar a Rusia.»

Llevado por la misma ilusión, Béla Khun declaraba en 1951 al representante consular de Holanda en Budapest: «Yo le digo que en cada país de Europa existe ya un Gobierno comunista organizado hasta en los mínimos detalles y preparado para encargarse del poder en el momento oportuno.»

Ahora bien, la realidad de las cosas contradecía estas convicciones. La revolución mundial tardaba en manifestarse y en ningún país europeo los comunistas estaban en el poder. Los ejércitos seguían obedeciendo a sus jefes y los obreros parecían mucho más convencidos por las ideas tradicionales de patria, familia, heroísmo militar que por las ideas proclamadas por los nuevos jefes del Gobierno ruso. Frente a tales desengaños, tanto Lenín como Trotzky fueron obligados a tomar sus medidas para mantenerse en el poder. En el orden interior ellos se vieron obligados a proclamar la necesidad de un «comunismo de guerra» poco conforme con los principios marxistas (Lenín prometió el reparto individual de la tierra a los campesinos, pasando por alto la enseñanza colectivista de Marx, y creó un Estado totalitario y dictatorial cuyas leyes fundamentales nada tenían que ver con la idea de la desaparición del Estado en el sistema comunista, idea proclamada tanto por Marx como por Lenín). En el orden exterior Lenín tuvo que forzar el desarrollo de los acontecimientos, eliminando por un lado a los «traidores sociales» (los socialistas) que ponían trabas en el avance victorioso del comunismo en el mundo y creando, por el otro lado, un sistema de subversión internacional, basado en el terror y el espionaje, para que la revolución estallase de una vez. Todo esto desembocó en la creación de la tercera internacional, cuyos principios contradecían a Marx y simbolizaban claramente la táctica impuesta por unos acontecimientos internacionales en completo desacuerdo con el optimismo revolucionario de Lenín.

Al mismo tiempo, Marx y Lenín habían sostenido que el comunismo no podía tener éxito sino en unos Estados burgueses y altamente industrializados. Para llegar al comunismo era menester contar con una sociedad industrializada, capitalista, en la que los bienes producidos y las riquezas acumuladas a favor de pocos hubieran podido servir como base económica para un nuevo orden, cuyo período de experiencia inicial se hubiera apoyado en una inmensidad de bienes socializados. Pero la revolución comunista se había producido en Rusia, país poco desarrollado desde el punto de vista industrial y social y dentro de cuya vida nacional los obreros tenían un papel secundario. Así se explica el pesimismo de Lenín en su destierro, cuando su actitud era todavía moderada y cuando estaba dispuesto a apoyar

una experiencia republicana y liberal en Rusia, única condición posible, según la enseñanza marxista, para que el comunismo pudiera desarrollarse. Una vez transportado a Rusia, por el mismo Estado Mayor alemán, Lenin se había encontrado ante una nueva e inesperada situación. La derrota de la Rusia zarista en el frente hacía posible una revolución comunista. El horizonte cambiaba de repente. Y la única esperanza posible era la de una revolución mundial en los Estados burgueses, ricos y socialmente evolucionados, cuyos partidos comunistas, una vez en el poder, hubieran salvado al partido comunista ruso y hubieran permitido la tranquila evolución del comunismo en un país poco preparado para soportarlo. La revolución en Rusia no era más que un anticipo de la revolución comunista en el mundo. Pero esta revolución no se produjo, a pesar de que, desde entonces, pasaron cuarenta años.

En el número de la revista francesa «Est et Ouest», dedicado al cuarenta aniversario de la revolución comunista (octubre de 1957), encontramos esta clara explicación del cambio al que fué obligado Lenin para salvar al partido en el momento en que era difícil contar con la realización de sus sueños: «Para poder mantener en Rusia un poder usurpador, que no se basaba ni en las posibilidades económicas ni en el consentimiento del pueblo, hubo que fortalecer la dictadura y transformarla en un terrorismo totalitario; para acelerar la "revolución mundial" que—los hechos lo comprueban—constituía la preocupación mínima del proletariado internacional, hubo que desorganizar, escindir, corromper el movimiento obrero internacional, tanto socialista como sindicalista, infiltrarse en todas las organizaciones administrativas y hasta dentro de los Gobiernos y hacer reinar el terrorismo totalitario y hasta el asesinato... en el territorio de las naciones libres.»

El mito de la revolución mundial llamaba a la vida sus primeros monstruos: el Estado totalitario, la policía soberana, la miseria económica. Stalin no hizo más que cambiar de táctica, pero el mito siguió obsesionándole, puesto que el mismo sistema comunista resulta inconcebible más allá de este mito. La teoría de Stalin es la del «socialismo en un solo país», y empezó a realizarse en 1929 con el primer plan quinquenal. Aislada del mundo y condenada a la autarquía, la U. R. S. S. fué llamada por Stalin a «alcanzar y a sobrepasar a los países capitalistas por sus propios medios». Luego veremos cómo se ha desarrollado esta evolución desde el punto de vista doctrinario y quién ha sido el creador de la nueva economía soviética. Este cambio implicaba una neta separación del sistema ideológico marxista. Al principio, Stalin afirmó que nada en su política contradecía la enseñanza

del maestro y que la idea del «socialismo en un solo país» era ortodoxa. Sólo algunos años después, Stalin tuvo el valor de afirmar que este cambio contradecía la doctrina sagrada. En el prefacio escrito en 1946 a un folleto titulado *Anarquismo o socialismo*, Stalin escribía: «... el desarrollo ulterior del capitalismo imperialista, y por fin, la ley descubierta por Lenin del desarrollo económico y político desigual de los diferentes países, han demostrado que esta tesis ya no corresponde con las nuevas condiciones del desarrollo, que la victoria del socialismo es perfectamente posible en países aislados, en los que el capitalismo no ha llegado todavía en su apogeo y en los que el proletariado no representa la mayoría de la población.»

Esta tesis antimarxista sigue siendo la de Kruschev, en pleno período desestalinización, a pesar de que se ha averiguado nefasta tanto en Rusia como en los «satélites», cuya economía ha sido arruinada por este sistema. Sin embargo, como decíamos antes, la tesis de Stalin, igual que el «comunismo de guerra» de Lenin, no eran más que tácticas de momento, destinadas a salvar el comunismo y mantenerle en el poder, «en un solo país», hasta que se hubiese averiguado lo que se podría llamar «el fin de los tiempos», o sea el estallido de la «revolución mundial», es decir, hasta que se hubiese cumplido la promesa del mito originario del marxismo.

Decíamos antes que el fenómeno comunista se produjo en el ambiente menos preparado para recibirlo y que el régimen, bajo Lenin como bajo Stalin y Kruschev, estuvo siempre obligado a corregir este error inicial empleando, para seguir existiendo, los métodos de la violencia en contra de un ambiente social hostil. En el dominio económico los comunistas tuvieron que aplicar el mismo sistema, no sólo debido a la hostilidad del ambiente (Stalin sacrificó millones de campesinos para realizar la utopía de la colectivización, catastrófica para la economía soviética), sino que tuvieron que elegir el camino de los que Marx llamaba «la acumulación socialista primitiva», para corregir el error de haberse impuesto a un país poco desarrollado.

El creador del nuevo sistema económico comunista, el inspirador directo de Stalin, fué Preobrajenski, el cual formuló su teoría en 1924. Preobrajenski razonaba del siguiente modo: los países capitalistas consiguieron los medios para salir del paso, en el período inicial de su existencia, realizando la operación económica que Marx llamó «acumulación primitiva». Los países capitalistas conquistaron imperios coloniales, utilizaron la mano de obra de millones de esclavos, todo esto para acumular capitales y riquezas y desarrollarse hasta llegar al nivel de prosperidad y poderío que alcan-

zaron en el siglo XIX y desde el cual podía arrancar el comunismo. Este, pues, presupone como base la existencia de una sociedad capitalista muy desarrollada. Sin embargo, en Rusia no había tal sociedad capitalista desarrollada. Pero lo hecho hecho está, de modo que Preobrajenski llegó a la conclusión de que los comunistas tenían que crearse ellos mismos estas premisas del comunismo que faltaban a la revolución. Y puesto que el comunismo no podía recurrir ni a los sistemas esclavistas y colonialistas ni a la ayuda de otro país capitalista, métodos que habían salvado a los demás países capitalistas durante su época inicial, Rusia estaba obligada a «explotar a favor del socialismo todas las formas económicas presocialistas». ¿Qué eran estas formas económicas presocialistas? Eran nada menos que aquellas clases sociales, enemigas del socialismo, a las que el régimen tenía todos los derechos para explotarlas hasta el agotamiento, ya que no eran más que unas trabas inútiles en el camino progresista de la sociedad comunista: los campesinos, los artesanos y los capitalistas. ¿No era este, en el fondo, un nuevo tipo de sistema esclavista y colonialista? Las clases no obreras de Rusia se transformaban de pronto, bajo la visión de Preobrajenski, en las productoras exclusivas de «la acumulación primitiva», imprescindible para el arranque del Estado comunista. Propiedad colectiva, campos de trabajo forzado, requisición total de cualquier propiedad u objeto de valor, sistema faraónico del trabajo, etc., todo esto fué realizado por Stalin para corregir el error inicial y crear al comunismo la plataforma que la historia le había negado.

Pero esto no iba a bastar. En su libro *Novaia ekonomika* el inspirado economista escribe: «Es preciso observar aquí que la terrible miseria de la postguerra y de la revolución, la enorme disminución de las necesidades cotidianas de la clase obrera han representado y representan un factor de acumulación socialista, en el sentido de que, después de un pasado tan reciente, la clase obrera llega más fácilmente a limitar ella misma sus necesidades durante los años en que las tareas de la acumulación socialista figurarán en el primer plano.»

Esta invitación a la austeridad marcaba el principio de la era de la miseria en la U. R. S. S., otra contradicción con respecto a la teoría marxista originaria, la cual sostenía que la socialización era necesaria para el aumento del bienestar de las clases trabajadoras. El bolchevismo, en cambio, proclamaba el principio *sine qua non* de la «limitación de las necesidades», principio que sigue en pie en la era de Krushev sin cambio alguno. Stalin adoptó en seguida la teoría de Preobrajenski, al cual exiló a Siberia, y or-

ganizó tanto el pillaje del pueblo soviético, pillaje necesario para realizar «la amulación socialista primitiva», como «la limitación de las necesidades», procurando a los pueblos soviéticos el nivel de vida más bajo entre los pueblos industrializados.

Esta política del pillaje fué llevada con todo empeño, ya que no había otro remedio ni otra solución. De tal manera que, en 1937, Rusia era, según Lucien Laurat (v. *Est et Ouest*, núm. 180), «una tierra quemada». Rusia se encontraba en el último año del segundo plan quinquenal y ninguno de los objetivos había sido alcanzado. El pillaje económico había permitido a Stalin subvencionar dos planes quinquenales, pero era fácil prever que las promesas hechas a los rusos no podían nunca ser cumplidas. Las legiones de empleados, creadas para apoyar, realizar y defender los planes quinquenales y la política de la «acumulación socialista», se habían entregado ya al despilfarro de las fuerzas productoras. En la vigilia de la segunda guerra mundial la economía soviética se encontraba en una grave crisis. La U. R. S. S. estaba, ya desde 1933, año del advenimiento de Hitler, en una fase económica de preguerra, y el rearme constituía el objetivo más importante de Stalin. He aquí el frío cuadro estadístico del tercer plan quinquenal que terminó en 1940 y pone de relieve la situación de Rusia un año antes de la invasión alemana:

	Previsiones para 1942	Resultados de 1940	Previsiones para 1942
Hierro fundido (en millones de Ton.) ...	22	15	18
Acero	27,5	18,3	22,4
Laminados	21	13,1	15,8
Carbón	230	166	190,8
Petróleo	54	31,1	38
Electricidad (en miles de millones de Kw./h.)	74	48,2	53,9

Como se puede ver, las realizaciones estaban lejos de las previsiones. Una vez pasada la guerra (con la ayuda de los aliados capitalistas y, sobre todo de Estados Unidos, que envió a la U. R. S. S. material de guerra por valor de once mil millones de dólares) Stalin empezó la realización del cuarto plan quinquenal. Este período de la postguerra fué el más fácil y el más seguro en la historia del comunismo. Si las riquezas de Rusia estaban completamente agotadas, había allí, a disposición del Kremlin, unos territorios de 472.000 kilómetros cuadrados, representando las tierras anexiona-

das por Rusia después de la guerra, con una población de veinticuatro millones de habitantes y los territorios, mucho mayores, de los países mal llamados «satélites», a los que la U. R. S. S. empezó a explotar de la misma manera que se había explotado al pueblo ruso y según la teoría de Preobrajenski. La inmensa industria soviética, noredditicia desde sus principios, porque, encaminada hacia la producción en cantidad, sin importarle a nadie la calidad y la rentabilidad, siguió alimentándose de las subvenciones del Estado hasta que se agotó la riqueza de los «satélites». En 1953 se amotinaron los checos y los alemanes; en 1956, los polacos y los húngaros, llegados todos a la situación de «tierra quemada» en la que se encontraba Rusia en 1937.

Estando agotado todo lo previsto por Stalin y sin poder contar con una ayuda exterior, los sucesores del dictador inventaron la fórmula de la «movilización de los recursos internos» de la economía. El tercer plan quinquenal de la postguerra se basó en esta fórmula, pero su fracaso fué anunciado por la Prensa soviética a fines de 1956, menos de un año desde su inicio. Era fácil preverlo, ya que el imperio no disponía de riquezas y que el despilfarro característico de los períodos de rearme y de las economías dirigidas por ejércitos de empleados se había transformado en la técnica cotidiana de la economía soviética. Desde el momento en que la economía soviética se ve acorralada entre sus propios recursos, ella no puede sostener el ritmo excesivo que el Kremlin quiere imprimirle. El 25 de diciembre de 1956 la Prensa soviética publica dos resoluciones del Comité Central del P. C. de la U. R. S. S., en las que se constatan las graves insuficiencias en la ejecución del plan y se encarga una comisión especial para elaborar un plan mucho más modesto que el previsto anteriormente. El 27 de marzo de 1957 el Comité Central del P. C. y el Consejo de los Ministros llaman la atención sobre la mala situación en la que se encuentra la cría del ganado. El 22 de mayo, sin embargo, Kruschev declara, en un discurso optimista, que la U. R. S. S. no tardará en «alcanzar y sobrepasar» a los Estados Unidos en la producción y consumo de leche, mantequilla y carne. El 30 de marzo último Kruschev impone al Soviet Supremo la adopción de medidas destinadas a cambiar por completo el aparato industrial del país, en el sentido de una descentralización regional. Esta medida tiende a reducir los gigantescos gastos necesarios para mantener en vida a la burocracia, pero, según lo demuestra Djilas en su libro, la burocracia es «la nueva clase dirigente» de la U. R. S. S., de manera que las intenciones refor-

mistas de Krushev no podrán nunca realizarse, puesto que el mal no está en la burocracia en sí, sino en el mismo régimen.

La verdad sobre la situación económica de Rusia, después de cuarenta años de comunismo, trasluce a través de estas conclusiones. En efecto, una economía basada en el pillaje interno y externo y que ha agotado todos sus recursos se enfrentará con dificultades siempre mayores. Los mismos «satélites» se han transformado últimamente de acreedores forzados en deudores. Incapaz de ayudar a Polonia, cuya situación económica es desesperada, la U. R. S. S. ha tenido que aceptar que los Estados Unidos envíen su ayuda al Gobierno de Varsovia. Dónde encontrará el Gobierno soviético los fondos necesarios para su ulterior desarrollo económico constituye, pues, un misterio y puede afirmarse que Rusia se encuentra hoy casi en la misma situación en la que se encontraba en 1927-28 en el momento de la crisis de la N. E. P.

Antes de terminar este breve análisis de la situación rusa en el cuarenta aniversario de la revolución, tendremos que aclarar dos *leit motive* de la propaganda comunista: en primer término, el de la instauración democrática y popular del régimen en 1917, y en segundo término, el de que el régimen comunista ha alcanzado por sí solo todos sus éxitos, sin jamás aceptar ayuda alguna de parte de las potencias capitalistas.

Es inútil recapitular aquí la historia del golpe de Estado bolchevique del 7 de noviembre de 1917. Un hecho solo demuestra la falsedad de las afirmaciones comunistas en cuanto al apoyo que Lenin y Trotsky han recibido de parte de las masas. El Gobierno provisional, presidido por Kerenski, había fijado como fecha para elecciones generales en el país el día 25 de noviembre de 1917. Pero el 7 de noviembre los grupos bolcheviques, dirigidos por Trotzky, habían acabado con Kerensky y con la democracia en Rusia, de manera que el día de las elecciones el Gobierno provisional había dejado de existir y el país estaba dirigido por un consejo de comisarios del pueblo presidido por Lenin. A pesar de todo, el resultado de las elecciones fué el siguiente:

Bolcheviques	9.023.963	votos (el 25% de los sufragios);
Socialistas revolucionarios ...	20.900.000	" (el 58%);
Mencheviques	1.700.000	" (el 4%);
Cadetes	4.600.000	" (el 13%).

Los bolcheviques salieron vencidos en esta consulta popular organizada en el momento en que eran ya dueños políticos del país. La única ciudad

donde consiguieron un 45 por 100 de los sufragios fué Petrogrado, mientras en Ucrania no alcanzaban el 10 por 100 de los votos. En el resto del país, en los Urales, en Siberia, etc., los socialistas revolucionarios conseguían un éxito abrumador. Un golpe de Estado era necesario. El 19 de enero de 1918 la Asamblea constituyente en la que los bolcheviques se encontraban en minoría y a la que habían abandonado el mismo día, fué ocupada y disuelta por los marineros anarquistas conducidos por un cierto Raskolnikov. Lenin quedaba libre de dirigir a Rusia según los métodos que hemos analizado más arriba. Pretender, por consiguiente, que fueron las masas las que hicieron posible el advenimiento de los comunistas, constituye una falsificación histórica. El mismo Maxim Gorki, antiguo amigo de Lenin, asustado por los procedimientos empleados por los bolcheviques para conseguir el poder y para mantenerse en él, escribía: «Lenin, Trotzky y sus adherentes están ya intoxicados por el veneno del poder, así como lo prueba su vergonzosa actitud ante la libertad de la palabra, del individuo y de este conjunto de derechos con cuyo nombre ha combatido la democracia.» Gorki trataba a los bolcheviques de «fanáticos ciegos, aventureros sin conciencia», y al bolchevismo de «calamidad nacional».

En un importante artículo publicado recientemente por Alejandro Kerenski, el antiguo Presidente del Gobierno provisional, demuestra otra vez un hecho que sólo la historia falsificada por el partido sigue negándolo: Lenin ha sido enviado a Rusia por el Estado Mayor alemán, el cual estaba convencido de que el estallido de una revolución en Rusia hubiera producido el derrumbamiento del frente oriental, la paz separada con Rusia y la posibilidad para las divisiones alemanas destacadas en Polonia de ser transportadas en el frente francés. Todo este cálculo se averiguó como acertado, sólo que, a pesar de esto, Alemania fué derrotada. «... todas las manifestaciones "pacíficas" organizadas por los bolcheviques en 1917 eran siempre coordinadas y sincronizadas con las operaciones estratégicas del Estado Mayor alemán, escribe Kerenski. Así, al principio de julio, estalló en Petrogrado, de manera "espontánea", coincidiendo con la contraofensiva alemana, "el levantamiento de los soldados y marineros" a favor "de la toma del poder por parte de los soviets". Es curioso, sin embargo, continúa Kerenski, cómo esta "espontaneidad" haya sido prevista con tres semanas de antelación por el periódico *Tovaritch*, editado para los soldados rusos por el Estado Mayor alemán de Vilno.»

En cuanto a la heroica y majestuosa soledad en la que se había formado y evolucionado el comunismo «sin ninguna ayuda por parte de los países

capitalistas, basta con recordar algunos hechos. [En uno de sus últimos ataques dirigidos en contra de Tito, Kruschew dijo lo siguiente, en junio de 1957, durante su estancia en Praga: «La burquesía americana ha contribuído al establecimiento del socialismo en Yugoslavia... Pero la única ayuda que nos ha otorgado América en aquel momento (al principio de la revolución, n. n.) consistía en una intervención militar».]

En el verano de 1921, cuando el hambre amenazaba a veinticinco millones de rusos en la región del Volga, consecuencia directa de la política económica soviética, Lenín pidió la ayuda de los países capitalistas, a los que no dejó de injuriar en seguida después. Una conferencia de los Estados europeos se reunió en París y prometió su ayuda bajo ciertas condiciones. Estados Unidos envió la ayuda sin pedir nada en cambio y envió a Rusia mercancías en valor de 60.000.000 de dólares, de los que once en oro, como ayuda directa al Gobierno comunista.

En el período de aplicación del primer plan quinquenal los comunistas se dirigieron al Occidente capitalista y pidieron técnicos especializados, cuyos nombres están directamente relacionados con las siguientes realizaciones:

Dnieprostoi (gigantesca estación hidroeléctrica), obra del ingeniero americano Hugh L. Cooper:

Magnitogorsk (uno de los conjuntos industriales mayores del mundo), obra de once ingenieros de la «Arthur G. Cckee Company», de Cleveland.

Nijni-Novgorod (Gorki), la mayor fábrica de automóviles soviética, obra de Henry Ford.

Stalingrad (la mayor fábrica de tractores en la U. R. S. S.), obra de John Kalder, de Detroit.

En fin, Estados Unidos enviaron a la U. R. S. S. durante la segunda guerra mundial material por valor de 11.000.000.000 de dólares, y después de la guerra, la U. N. R. R. A. envió ayuda a Ucrania y a la Rusia Blanca.

¿Para qué ha servido todo este esfuerzo conjunto? Para que Rusia fuese hoy una amenaza mundial dispuesta en cualquier momento a desencadenar sus proyectiles dirigidos y sumergir a los países libres bajo el régimen del terror y la miseria. Para realizar la promisión de su mito original: la revolución mundial. Y para conseguir este fin—el cual está, sin embargo, tan lejos de realizarse como lo estaba en tiempos de Lenín—encubre sus fracasos económicos y políticos sacrificando los miles de millones de ru-

JUAN DACIO

blos que necesitaría para lanzar sus «Sputniks» dos o tres meses antes que Estados Unidos. El mundo entero ha vivido durante semanas bajo el embrujo de este milagro técnico, sin pensar que Estados Unidos ha conseguido lo mismo con algunos meses de retraso, sin mentir, asesinar, deportar y engañar a nadie, es decir, siguiendo el camino humano y normal de su evolución democrática. Cuarenta años para realizar un «Sputnik» son muchos años, ya que los hombres que viven en el espacio soviético han esperado seguramente otra cosa.

JUAN DACIO.